



EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

Crónica de la extraordinaria
vida de un oso llamado Tamá

Fabián Mauricio Martínez G.





Un árbol cayó sobre una de las rejas del recinto. El tronco del eucalipto debilitó la estructura y Tamá, el oso andino, aprovechó la oportunidad para escapar. Desde su llegada al Parque Jaime Duque se había mostrado reacio con los cuidadores y los médicos veterinarios. Se negaba a recibir el alimento de forma directa, y solo cuando la fruta se caía de las largas varas que utilizaban para persuadirlo, el oso la recogía del suelo y se alimentaba. Se mostraba tímido y huidizo. Se alejaba y se sentaba a contemplar el perímetro, los arbustos, el prado, el cielo. Se balanceaba y abría el labio para dejar entrar el aire —el Reflejo de Flehmen— con el fin de oler y reconocer todo lo que había a su alrededor. Romero. Menta. Yerbabuena. Una osa llamada Manova en un recinto junto a él. Un cuerpo de agua cercano que lo separaba de los pumas y los cóndores.

Más allá: la montaña y sus innumerables aromas. Tamá se balanceaba y lo olía todo. Los encargados lo monitoreaban con cámaras. Así vieron que el oso solía golpear las rejas con las garras, como buscando algún punto débil de la amplia jaula que lo circundaba.

La caída del árbol lo ayudó. El oso de anteojos logró doblar la estructura, abrir un boquete y escabullirse por ahí. En ese momento en el Parque Jaime Duque se encontraban numerosas familias, parejas de enamorados y niños de varios colegios disfrutando de las maravillas del lugar. Entonces se emitió la alarma de código rojo por la huida del animal. Los guardias y el personal del parque se pusieron en máxima alerta. Los niños fueron salvaguardados en los edificios y, poco a poco, se evacuaron a las personas. Pero a Tamá lo tenía sin cuidado el bullicio de la gente. El oso estaba interesado en el silencio de la montaña, en los grandes eucaliptos que la poblaban, en el viento que los mecía y hacía crujir las ramas. Atraído por el monte, el oso andino de 180 kilos subió el cerro Tibitó y se perdió en la espesura de la reserva natural del Bioparque Wakatá.



EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

Aquella fuga ocurrió en septiembre de 2022. Ocho años atrás, Tamá apenas era un oseño de cuatro meses, que recién aprendía sobre la vida silvestre junto a su mamá. Los osos andinos tienen una gestación que va de los cinco a los ocho meses. Nacen al interior de cuevas o sobre camaretas construidas en los árboles. Nacen rosados, inmaduros y muy pequeños. Pesar tan solo 150 gramos: el equivalente de una pelota de beisbol. Caben en una mano y vienen al mundo en un estado de gran fragilidad. Por

eso permanecen con la madre hasta los dos años y aprenden con ella, entre otras cosas, a trepar árboles, a dejar marcas en el paisaje, a caminar por kilómetros, a sumergirse en quebradas y pozos, a reconocer las bromelias, los laureles, los ficus y las más de trescientas especies de plantas que conforman la dieta de los osos de la cordillera de los Andes.



En condiciones normales de vida silvestre así deberían ser las cosas para un oso andino. Pero en Colombia estas condiciones no están garantizadas y Tamá no llegó a completar el periodo de maduración. La mamá fue cazada y el oso huérfano fue raptado por los mismos cazadores, quienes lo entregaron a funcionarios del Parque Nacional Natural Tamá, en la frontera entre Colombia y Venezuela. El oseño pasó entonces a ser responsabilidad de la Corporación Autónoma Regional de la Frontera Nororiental —Corponor— máxima autoridad ambiental de Norte de Santander. Fue entonces que Corponor contactó a Orlando Feliciano, un gran experto en cóndores y osos, le pidió ayuda y el recién bautizado, Tamá, le fue enviado para recibir atención y cuidados.

Orlando Feliciano es médico veterinario de fauna silvestre y es el director del Santuario del Oso de Anteojos de la Fundación Parque Jaime Duque. “Antes de llevarlo al santuario, recibí a Tamá en mi casa, en la zona rural de La Calera. Allá lo tuve cuatro meses recuperándolo, mientras criaba a mis propios hijos. El osito llegó con anemia, diarrea

e infestado de pulgas. Venía muy débil”, recuerda el especialista. Feliciano ha trabajado con fauna silvestre desde los años ochenta del siglo pasado. A comienzos del nuevo milenio fundó el Centro de Rehabilitación para Especies de Alta Montaña, CREAM, en las inmediaciones del Parque Chingaza, en Guasca, Cundinamarca. Con el transcurso de los años el lugar se convirtió en el Santuario del Oso, una reserva natural de 65 hectáreas, que cuenta con tres partes para la recuperación de los úrsidos: la zona de cuarentena, el área de geriatría y la zona de rehabilitación.

En 2005, las autoridades ambientales y el Dr. Feliciano decomisaron a una osa de un circo ecuatoriano, en Sogamoso, Boyacá. La hembra, llamada Bambi, llevaba ocho años con los cirqueros. Se mostraba desconfiada cerca de los hombres y un poco más tranquila junto a las mujeres. A la osa le habían amputado las garras y tenía problemas de visión, debido a un golpe recibido en la cabeza. Desde que llegó al Santuario se supo que se quedaría de forma permanente. Sin garras y acostumbrada a ser alimentada por las personas, no era un animal que pudiera ser devuelto a la





vida silvestre. Bambi lleva más de veinte años en el Santuario de Osos, ocupa el área de geriatría y hoy tiene alrededor de treinta años. La encargada de alimentarla es Jenny Campos, una mujer dedicada a cuidar de los osos andinos. Lo hace con atención y silencio. Se acerca con sigilo, entra por un costado del recinto y le deja a Bambi kilos de fruta de la más alta calidad: mangos, granadillas, patillas, mazorcas y melones. La osa, ahora casi ciega, reconoce a la cuidadora por el olor y se acerca a comer con calma.

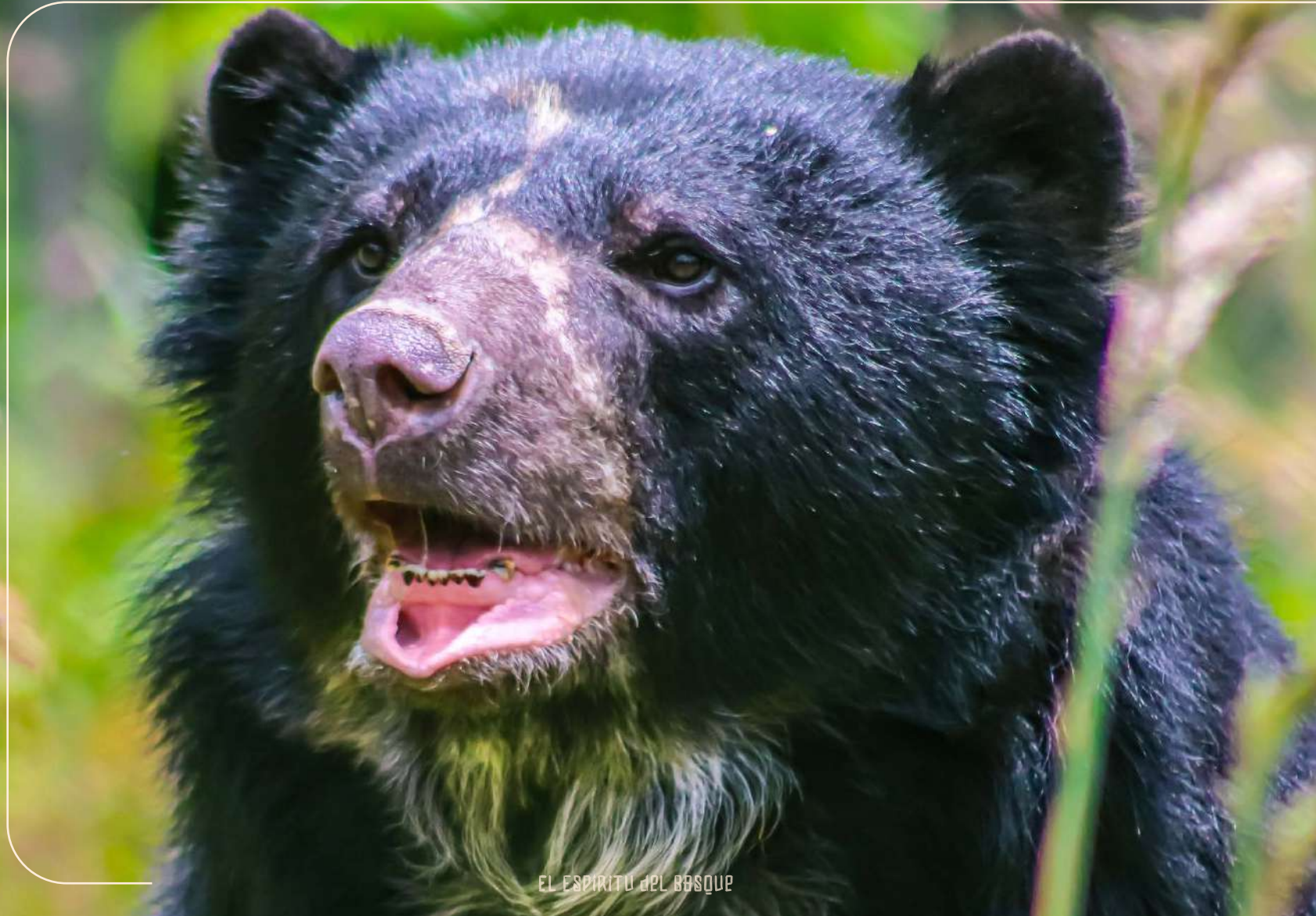
El Dr. Feliciano recuerda que hace unos años tuvo que atender a un oseznio en el Alto del Tigre, en Guayabetal. Alrededor de una antena repetidora el ejército había minado un campo con artefactos explosivos, para evitar que la guerrilla llegara hasta allá. Una osa y sus oseznos circundaban el lugar. A los pocos días los lugareños reportaron a un osito que había perdido parte de una mano. El oso se quedó sin varios de los dedos por pisar una mina quiebrapatas. El médico veterinario capturó al oseznio, lo trató, lo curó y lo liberó en el Páramo de Chingaza. El oso aún está vivo porque la gente del lugar ha reportado a un oso macho, negro y grande, al que le falta un pedazo del pie.

A la zona de cuarentena del Santuario del Oso deben ingresar los recién llegados. Allí les evalúan, entre otras cosas, el estado de salud, el comportamiento y el nivel de dependencia del ser humano. Allá llegó Tamá, siendo aún un oseño de aproximadamente ocho meses. En el recinto junto a él había dos osos adultos: un macho y una hembra. Desde aquel entonces Tamá ya practicaba el escapismo, porque logró meterse en el recinto de los adultos. Pese a que eran osos grandes y podían reaccionar con instinto territorial, los mayores lo acogieron con tranquilidad, reconociendo en el oso pequeño a otro más de la especie. Tamá, el oseño juguetón solía colgarse del cuello del macho, el cual respondió con actitud lúdica. El cerebro de los mamíferos tiene una configuración que produce pensamiento. De ahí que los osos, los perros, los monos y los humanos sigamos jugando hasta viejos. De ahí que los osos pasen varios minutos contemplando el paisaje, bien sea en vida silvestre o en el espacio de una reserva pensada para la conservación. Esto lo explica Daniel Rodríguez, biólogo, director de la Fundación Wui, experto en osos y parte integral de este proyecto. Y agrega: “los osos son animales muy

inteligentes, muy adaptables y terriblemente prácticos en su forma de vivir. Son oportunistas natos y suelen adaptarse a muchas cosas”.

Tamá creció y pasó a la zona de rehabilitación. Un amplio recinto alejado del contacto humano, en medio del bosque de niebla. Allí se acostumbró a estar entre los árboles de gaques, los amargosos, las ozorquinas y los arándanos de páramo. A la dieta de frutas y concentrado suministrada por el Santuario, Tamá agregó plantas y bayas de arbustos silvestres. Aprendió a interactuar con un bosque que lo mantenía unido a su origen. Con la llegada de la pandemia, las dificultades de mantenimiento y manutención se hicieron muy difíciles. Así el Santuario se asoció con la Fundación Parque Jaime Duque. Entonces fue en 2022 que Tamá llegó al parque. En septiembre de ese año protagonizó la fuga que lo llevó a internarse monte adentro del cerro Tibitó.





EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

Si bien la montaña a la que escapó Tama era muy amplia, el cerro delimitaba por una parte con la autopista y los automóviles a gran velocidad; por otra, con conjuntos residenciales y familias humanas; por otro costado, con zonas para la floricultura, cafeterías y estaderos de carretera. El temor era que el oso abandonara la montaña en busca de comida. Por eso desde que se dio la alarma, el personal del Parque Jaime Duque ingresó al cerro y dejó fruta, pescados y concentrado en distintos lugares para asegurar que el oso no saliera de allí. Sin embargo, Tamá ya había identificado las bromelias de la montaña y se alimentó con ellas, además de aprovechar los eucaliptos y los pinos que se encontraban por doquier.

A pesar de que hallaron huellas en el suelo y algunas marcas que el oso dejó en la corteza de los árboles, los primeros días de la búsqueda resultaron infructuosos. Las jornadas empezaban antes de que saliera el sol y terminaban con la llegada de la noche. Los equipos de rescate decidieron pernoctar en el cerro. Así comprobaron que la comida que le dejaban era consumida, pero

no lograban ubicarlo. Al cabo de algunos días, trajeron a un equipo de personas con perros expertos para que les ayudaran con la búsqueda. La jauría corrió por la montaña, de extremo a extremo, ladrando y señalando direcciones con sus olfatos superlativos. El equipo de búsqueda iba detrás de los perros, pero no terminaban de llegar al sitio señalado, cuando la jauría emprendía la carrera hacia otra dirección. Tamá los tenía yendo de un lado a otro, pero no lograban encontrarlo. Se manifestaba pero no se dejaba ver. Como si fuera el espíritu de la montaña. O el taita oso de los Kamentsá. O la deidad chibcha Nencatacoa, el oso que enseñó la creatividad, la celebración y el buen vivir a la Cultura Muisca, con el maíz, el baile y la chicha.

Una tarde, el Dr. Feliciano, junto a otros funcionarios del parque, escucharon un ruido que provenía del cielo. Levantaron la cabeza y vieron que Tamá descendía por un eucalipto. Los miraba desde arriba. El grupo lo observó con fascinación y alivio. El oso había aprendido a trepar árboles muy altos, los cuales no había tenido oportunidad de explorar en el Santuario. Tamá se portaba como un oso

en vida silvestre y durante todo ese tiempo había estado en las alturas. Eso conmovió e interpeló al equipo. El oso era capaz de realizar acciones que ellos no habían predicho. La médica veterinaria, María Angélica Velázquez, quien había estado a cargo de la evaluación comportamental de Tamá en el Jaime Duque, aconsejó que cebaran la caja-trampa con trucha y caña de azúcar, dos de los alimentos preferidos del oso.

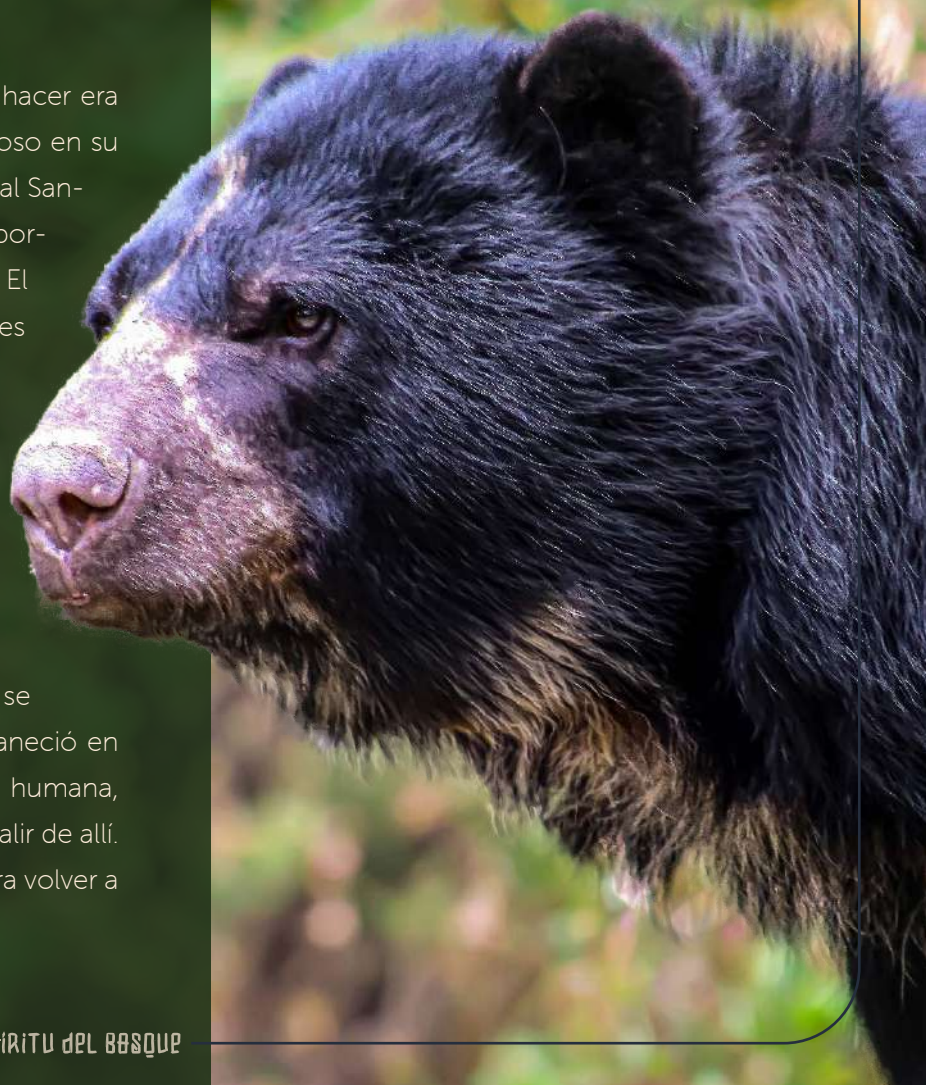
Guiados por las cámaras que habían instalado a través del cerro, emplazaron la caja, tipo Iznachi, en lo alto de la montaña, en una zona por la que el oso solía pasar. Fueron dos semanas de una ardua, paciente y sostenida labor. La caja fue cebada con trucha y caña de azúcar. El oso atraído por el manjar se acercó a la caja, pero no entró. Se subió sobre ella, se sentó y contempló el paisaje. Luego se bajó y se fue, sin tocar el alimento. Las cámaras lo registraron alejándose. Al otro día el oso regresó, pero la cámara que grababa la caja dejó de funcionar. Cuando volvió a hacerlo, mostró la puerta ya cerrada de la trampa. Los guardias del parque constataron que Tamá estaba adentro. Dieron el aviso y, ayudados por palos que sirvieron como ruedas para

deslizar la caja por la montaña, un equipo de más de veinte personas regresó a Tamá al recinto del Bioparque Wakatá.

De nuevo en el perímetro asegurado, el oso volvió a mostrarse reacio y huidizo con la gente. Se movía inquieto y parecía anhelar la libertad que lo había guiado durante los últimos quince días. Durante aquel tiempo, Tamá se había comportado como un oso en vida silvestre. Mostró predilección por las bromelias de la montaña, marcó los árboles con sus garras y orines, trepó eucaliptos y pinos hasta alcanzar alturas impensadas, e incluso inició la construcción de una camareta en las copas de los árboles. Tamá jamás se resignó y marcó la ruta. De vuelta al recinto, se sentaba y balanceaba, abría sus labios en dirección a la montaña y dejaba que los innumerables aromas de la naturaleza lo colmaran. El equipo científico, administrativo y humano de la Fundación Parque Jaime Duque supo leer el derrotero trazado por el oso. Fue entonces que se tomó la decisión de liberarlo.



Para liberar a Tamá, lo primero que se debía hacer era encontrar una corporación regional que aceptara al oso en su jurisdicción. Mientras esto pasaba, Tamá debía volver al Santuario del Oso de Antiojos e iniciar la rehabilitación, porque esta no se podía realizar en el Bioparque Wakatá. El Santuario debía transformarse en un CAV-R de osos, es decir en un Centro de Atención, Valoración y Rehabilitación, con énfasis en Recuperación de osos. La Fundación Parque Jaime Duque se puso manos a la obra y gestionó este proceso con Corpoguavio. Los acondicionamientos del lugar, los permisos correspondientes, los estudios y los procesos documentales, más la evaluación y aprobación de los mismos tomaron un año. Así se obtuvo la licencia que se requería. Durante aquellos doce meses, Tamá permaneció en el Parque Jaime Duque, incómodo ante la presencia humana, demostrando así una especie de determinación por salir de allí. Tamá regresó al Santuario e inició la rehabilitación para volver a la vida silvestre.



En el Santuario, Jenny Campos, la cuidadora, se las arreglaba para dejarle la comida en distintos lugares del amplio recinto. El objetivo era estimular las capacidades de búsqueda del animal. Cada vez se le dejaban menos frutas y mazorcas, para que el oso optara por las puyas y las bromelias, alimentos naturales del bosque de niebla. Así se le incentivó a encontrar comida por su cuenta. Tamá resolvió los desafíos como un experto aventajado. Estaba de nuevo a sus anchas, en la soledad del bosque, recorriendo

el amplio recinto día tras día. Orlando Feliciano lo monitoreaba y tomaba atenta nota del estado físico del animal, del comportamiento, de la dieta y la forma de obtener los alimentos. Pero lejos de aquellas montañas, a cientos de kilómetros, en oficinas con los pisos muy lustrados, el laberinto burocrático se complicaba con intrincados pasadizos que no conducían a ninguna salida.



La gerencia de la Fundación Parque Jaime Duque organizó numerosas reuniones con las corporaciones ambientales de distintos territorios. Rafael Torres y su equipo lo intentaron primero con Corpoguavio, pero les dijeron que no, porque ya tenían muchos osos en el territorio, con incidentes frecuentes en la comunidad. Los osos son omnívoros y si bien se alimentan de cientos de especies vegetales, también consumen carne. En otros tiempos cazaban venados o dantas de montaña, pero con la extensión de la frontera agrícola, las familias de seres humanos cada vez le ganan más terreno al bosque y al páramo con sus cultivos, ovejas y vacas. Los osos son muy adaptables y prácticos. Si encuentran una vaca en el territorio la agregan a la dieta. Este es el tipo de incidentes que Corpoguavio no quería agravar más con la presencia de Tamá.

La gerencia entonces se acercó a Corpoboyacá, teniendo en cuenta una liberación previa que ocurrió en aquel territorio. Se trató de una osa que fue liberada en aquella jurisdicción. Pero Corpoboyacá dijo que no, alegando que no tenían suficiente personal para encargarse

del monitoreo y seguimiento del oso. La Fundación Parque Jaime Duque les aseguró que ellos ponían el personal que fuera necesario. Pese a esto, la corporación ambiental mantuvo la negativa.

La siguiente entidad con la que se realizaron gestiones fue con la CAR. Apoyados en el Plan de Desarrollo de la Gobernación de Cundinamarca, que incluía el trabajo con la rana de Supatá y el Oso de Anteojos, la salida del laberinto por fin parecía abrirse en el horizonte. El Páramo de Sumapaz, en la jurisdicción del municipio de Cabrera, era el lugar indicado para liberar a Tamá. La CAR, la Gobernación y el municipio estaban de acuerdo. Lo único que hacía falta era el permiso de Parques Nacionales. El oso al haber sido hallado en el Parque Natural Tamá, debía contar con el permiso de Parques Nacionales para la liberación en Sumapaz. Un nuevo nudo de la normatividad ambiental se interpuso en la salida que ya se había encontrado.



La Resolución 2064 de 2010 exigía que el oso fuera liberado en el mismo lugar del cual fue extraído. Parques Nacionales citó aquella norma y la puso sobre la mesa. Si bien Tamá vivió entre el Santuario del Oso de Antejos y el Bioparque Wakatá del Parque Jaime Duque, en un ambiente de bosque de niebla y clima frío; según la interpretación de la resolución, el oso solo podía ser liberado en el Parque Natural Tamá, en la frontera colombo venezolana, en la zona del Catatumbo. Un territorio sumido en un largo conflicto entre la guerrilla del ELN, las disidencias de las FARC y el propio estado colombiano.

El Santuario del Oso de Antejos y La Fundación Parque Jaime Duque siguieron adelante con el objetivo. Así que se pusieron en contacto con Parques Nacionales Naturales de Colombia, con el fin de realizar una capacitación al personal del Parque Natural Tamá. El equipo de la Fundación fue hasta la frontera para realizar las jorna-

das previstas. Luego, invitaron al personal involucrado para que continuaran con la formación en el Jaime Duque y en el Santuario. Los equipos de personas se formaron en el comportamiento del oso, aprendieron de la especie, de los indicadores de salud y bienestar animal. También se capacitaron en cómo rastrear al oso una vez fuera liberado. Este seguimiento se haría a través de un collar que emite señales satelitales y VHF, las cuales ubicarían con precisión al úrsido, establecerían sus recorridos y darían indicios de posibles interacciones con la fauna y la flora del enorme bosque binacional entre Colombia y Venezuela.

El 17 de diciembre de 2025 se fijó el día para la liberación. La Fundación Parque Jaime Duque acordó con Parques Nacionales llevar a Tamá hasta el aeropuerto de Cúcuta. Una semana antes del traslado, la institución nacional informó que la empresa de helicópteros que llevaría al oso desde el aeropuerto hasta el Parque Natural Tamá, canceló

el servicio por cuestiones de seguridad. Solo lo harían si el ejército entraba y acordonaba la zona controlada por la guerrilla del ELN y las disidencias de las FARC. Esto era un imposible porque si esto ocurría, los grupos armados ilegales podían tomar acciones en contra de los funcionarios del Parque Natural.

Ante este nuevo obstáculo, la Fundación asumió los costos y gestiones para lograr otro transporte para el oso. Se logró encontrar una nueva empresa que envió las medidas y planos del helicóptero. Los ingenieros del Parque Jaime Duque evaluaron el espacio y modelaron matemáticamente las medidas del guacal que llevaría al oso, junto al médico veterinario Orlando Feliciano y el cuidador de animales del Bioparque Wakatá, Jimmy Sánchez. Los resultados fueron positivos. El oso podía viajar en aquel helicóptero sin problemas. Pero al llegar al aeropuerto de Cúcuta e intentar meter el guacal con el oso, una cajita metálica que hacía parte del chasis, que no había sido detallada en los planos enviados y estaba emplazada junto al puesto del piloto, no permitió que el guacal girara e ingresara al helicóptero. Por más que lo intentaron no fue posible.

En el aeropuerto de Cúcuta había dos helicópteros rusos estacionados. Desde la gerencia del Parque Jaime Duque se realizaron llamadas para gestionar alguna de aquellas aeronaves, que usualmente estaban al servicio de Ecopetrol. Tras cuatro horas de charlas y negociaciones se logró la autorización para el vuelo de uno de los helicópteros. El piloto y el copiloto se pusieron al servicio de la misión. Se mostraron orgullosos y muy dispuestos a ayudar en la liberación de Tamá. Mientras tanto, el equipo veterinario de la Fundación mantuvo hidratado al oso con abundante agua, alimentándolo con frutas y a la fresca sombra de un gran árbol. Tamá, pese al calor de Cúcuta, se encontraba estable y tranquilo. Al ingresarlo al helicóptero se mantuvo en calma. El motor se encendió, las hélices se pusieron en marcha y la rotación llenó la cabina de un ruido ensordecedor. La aeronave despegó y se dirigió al punto de la liberación.

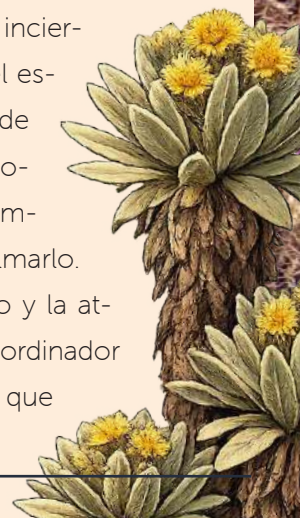
En tierra, un equipo de personas, entre quienes estaba Jenny Campos, la cuidadora del Santuario de Oso, junto a otros funcionarios del Parque Natural, habían emprendido una caminata maratónica desde el pueblo de

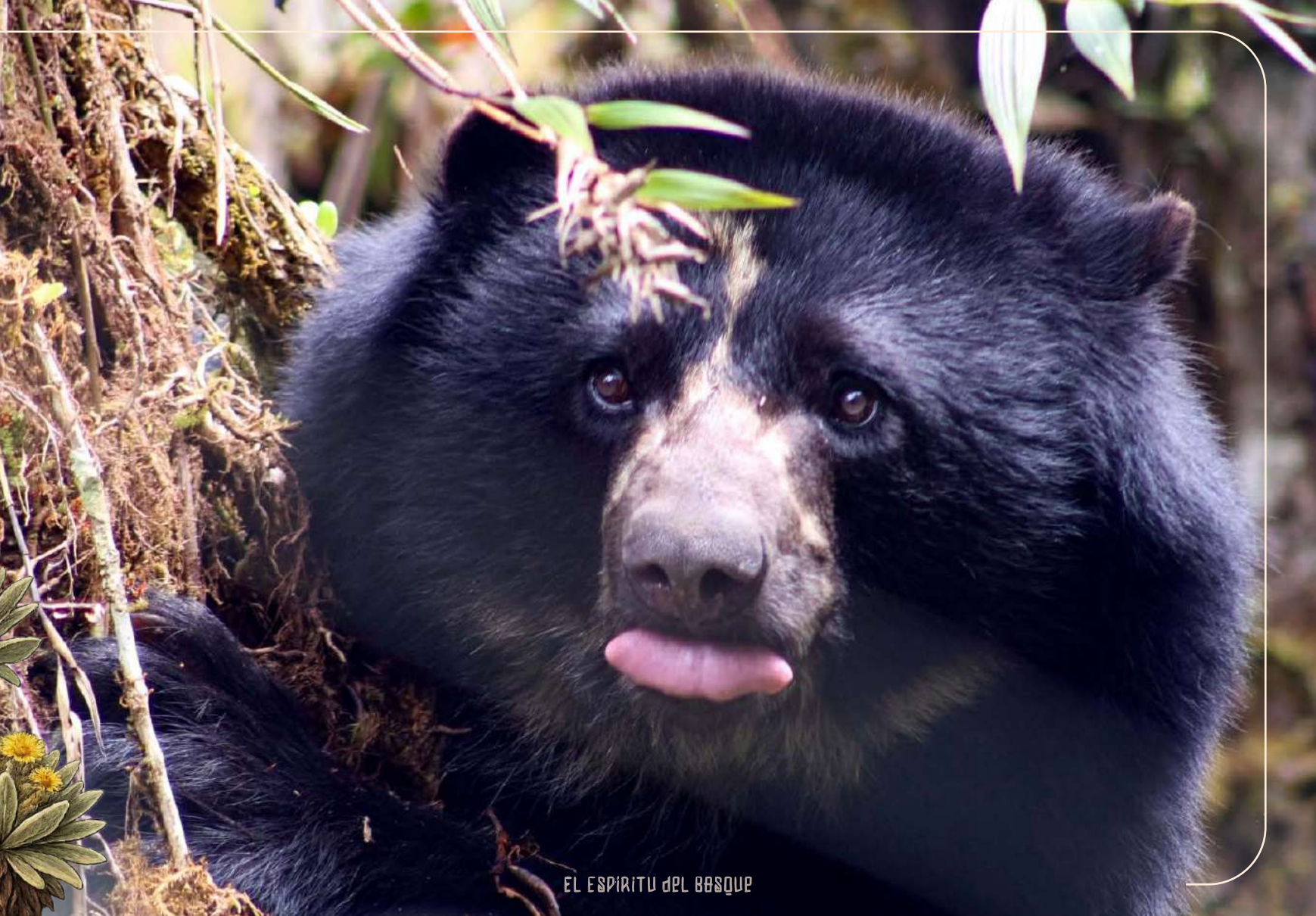
Toledo, hasta el lugar de la liberación, montañas arriba. Lo hicieron a pie porque no encontraron transporte terrestre disponible, debido a un reciente paro armado del ELN, el cual apenas había sido levantado. La caminata se hizo con el compromiso y la convicción de estar a tiempo en las coordenadas precisas, para asegurar que la liberación se diera con las condiciones óptimas para el oso.

El helicóptero dejó atrás la ciudad de Cúcuta y se internó en los macizos montañosos del Parque Natural Tamá. Las innumerables hectáreas de bosque verde, los circuitos de cascadas y las paredes anaranjadas de roca parecían ser el lugar justo y merecido para que el oso adulto de once años viviera la otra gran mitad de su vida. A los pocos minutos, las montañas se cubrieron de una niebla densa que cegó la visión de los alrededores. Una sustancia blanca lo cubrió todo, como si el mundo hubiera sido sumergido en un océano de leche. Un muro espeso y brumoso se apretó contra la aeronave. El piloto siguió el curso de las coordenadas, pero al llegar sobre ellas, la neblina espesa no permitió ver nada. El estrellarse contra una montaña parecía una realidad a punto de materializarse. El piloto y el

copiloto instaron al equipo que contactaran a las personas en tierra, para que encendieran hogueras y facilitaran la visión para aterrizar. En tierra prendieron varios fuegos, mientras escuchaban el rotor de las hélices sobre sus cabezas. Avivaban la candela con todas sus fuerzas y recursos. Gritaban intentando penetrar las paredes de niebla con sus gargantas.

Pero arriba no se veía nada. No había rastros del fuego. Ni vislumbraban las columnas de humo que eran tragadas por la bruma. El helicóptero sobrevoló y sobrevoló. Giró en sí mismo, retrocedió y volvió a las coordenadas con paciencia. Al interior de la nave se sentía el fuerte vaivén de cada zarandeada, el peligro de la incierta proximidad de algún pico montañoso, el estrés de no lograr aterrizar y el nerviosismo de Tamá, que golpeaba el guacal con sus descomunales zarpas de oso. El Dr. Feliciano y Jimmy Sánchez le daban agua e intentaban calmarlo. El animal jadeaba, el calor iba en aumento y la atmósfera era infernal. Mauricio Mancipe, coordinador de comunicaciones, reunió todo el agua que





EL ESPÍRITU DEL BOSQUE



tenían disponible en el helicóptero y se unió a la hidratación del animal. El piloto giraba la nave, volvía a posarse sobre el punto, pero lo único que lograba ver era una ceguera blanca que se extendía por todas las direcciones. El piloto anunció que había pasado mucho tiempo y ante la imposibilidad del aterrizaje, por protocolos de seguridad aeronáutica, debían regresar a Cúcuta. .

De regreso, Tamá se desplomó dentro del guacal. En el aeropuerto los esperaban con agua y hielo, que habían pedido desde el aire ante la crisis del animal. El Dr. Feliciano abrió la puerta de la caja, se quitó la camisa, la empapó con agua y se la puso al oso para refrescarlo. Procedió a darle primeros auxilios, mientras Jimmy Sánchez sostenía a la critaura. El helicóptero aterrizó y fue rodeado por veintenas de personas que traían baldes de agua, bolsas de hielo y la urgencia de prestarle toda la ayuda al oso. Pero Tamá ya había dejado de respirar. Ahora su cuerpo se encontraba rodeado por equipos de personas abatidas, con el corazón roto, los ojos extraviados y las cabezas clavadas en el piso. Un silencio profundo y prolongado colmó al mundo entero. Un silencio que aún se extiende por la cordillera de los Andes.

A pesar del gran dolor y la frustración, Tamá permanece vivo en la memoria de las personas que dedican su vida a la preservación y conservación de las especies de la fauna silvestre, en Colombia. “Mi ilusión era ver a Tamá saliendo del guacal y metiéndose entre el monte”, confiesa Jenny Campos, cuidadora en el Santuario de Oso de Antojos, quien ahora está a cargo de dos individuos en la zona de rehabilitación. Un macho que rescataron en Remedios, Antioquia y una hembra nacida en el Parque de la Conservación de Medellín. La labor continúa, por eso preparan y evalúan a esta pareja de osos para la liberación, en un trabajo conjunto con la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia —Corantioquia— y el Parque de la Conservación. Mientras tanto se suman esfuerzos y gestiones desde la gerencia del Parque Jaime Duque, con el fin de actualizar los requerimientos normativos y facilitar la ruta para las liberaciones de los animales, a través del trabajo directo con el Congreso de la República de Colombia.

La liberación de un animal silvestre en el país pasa por un laberinto burocrático. Sigue una normatividad que debe ser revisada y modificada, a la luz de los protocolos de

restitución y liberación de fauna contemporáneos, como los que suelen aplicarse en otros lugares del mundo. Las normas colombianas deben poner como prioridad a la fauna. Es urgente actualizar los reglamentos y crear leyes que favorezcan a las especies de animales. ¿De qué sirve que Colombia sea el segundo país con mayor biodiversidad del mundo? ¿De qué sirve si la sociedad parece vivir de espaldas a los bosques, a los ríos, a las montañas y a las selvas? ¿De qué sirve si se legisla sin tener en cuenta a la naturaleza?

Tamá es un símbolo de la unión, la resiliencia, la paz, la integración y los apoyos mutuos entre los distintos sectores de la sociedad. Un oso que buscó la libertad y marcó una ruta que se debe transitar. Un oso emblemático que abrió un camino para otros, como los que se van a liberar en Antioquia, y para otras especies de fauna silvestre, como el majestuoso cóndor de los Andes, entre tantas otras. Hay que continuar. Hay que perseverar. Hay que trabajar en aquella vía que señaló Tamá. Es el mejor homenaje a la memoria de un ser extraordinario que vino para enseñarnos, con su historia, ejemplo y determinación, las valiosas lecciones que se cuentan acá.

